

ANTROPOLOGÍAS HECHAS EN LA ARGENTINA

ROSANA GUBER Y LÍA FERRERO

(EDITORAS)

VOLUMEN I



ASOCIACIÓN LATINOAMERICANA DE ANTROPOLOGÍA

Rosana Guber y Lía Ferrero

Antropologías hechas en la Argentina. Volumen I / Rosana Guber y Lía Ferrero (Editoras);
1ra. Edición en español. Asociación Latinoamericana de Antropología, 2020
682p.; tablas.; gráficos; mapas.

ISBN:

978-9915-9333-0-6 OBRA COMPLETA

978-9915-9333-4-4 Volumen I

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995

Catalogación en la fuente – Asociación Latinoamericana de Antropología

© Asociación Latinoamericana de Antropología, 2020

© Rosana Guber y Lía Ferrero (Editoras), 2020

1era Edición, 2020

Asociación Latinoamericana de Antropología

Diseño de la Serie: Editorial Universidad del Cauca

Fotografía de portada: Leopoldo J. Bartolomé. Misiones, S.f. / S.a.

Diagramación: José Gregorio Vásquez C.

Diseño de carátula: José Gregorio Vásquez C.

Editor general de la Colección: Eduardo Restrepo

Copy Left: los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales.

Edición 2020

Contenido

Agradecimientos	11
Introducción	15
ROSANA GUBER Y LÍA FERRERO	
1. El territorio habitado. Origen, arrinconamiento y periferia	
Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	45
La eternidad de lo provisorio. El sistema geográfico de Enrique Delachaux y el orden de las colecciones antropológicas en la Argentina	47
IRINA PODGORNÝ	
Tucumán y su antropología de provincia con proyección nacional	77
SERGIO CARRIZO	
Religión, política y prehistoria: una nueva apreciación del persistente legado de Oswald Menghin	95
PHILIP L. KOHL Y JOSÉ A. PÉREZ GOLLÁN	
Raza, raciología y racismo en la obra de Marcelo Bórmida	127
ROLANDO SILLA	
Antropólogos y antropología entre las Universidades Nacionales de La Plata, Litoral y Córdoba. Circulación de personas, saberes y prácticas antropológicas en torno del liderazgo académico de Alberto Rex González (1949-1976)	151
MIRTA BONNIN Y GERMÁN SOPRANO	

Análisis histórico y estado actual de la antropología biológica en la Argentina	183
---	-----

RAÚL CARNESE, JOSÉ COCILOVO Y ALICIA GOICOEHEA

2. Articulaciones locales de la expansión. Procesos de clasificación, colonización y nacionalización

Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	219
--	-----

Los diaguitas y el Tawantinsuyu. Una hipótesis de conflicto	221
---	-----

ANA MARÍA LORANDI

Invencción, circulación y manipulación de clasificaciones en los orígenes de una antropología misionera	241
---	-----

GUILLERMO WILDE

Perspectivas antropológicas para el análisis histórico de las fronteras	275
---	-----

LIDIA R. NACUZZI Y CARINA P. LUCAIOLI

Los llanos riojanos en el siglo XVIII. Problemas, actores y métodos en una investigación interdisciplinaria	305
---	-----

ROXANA BOIXADOS Y JUDITH FARBERMAN

Arqueólogos y brujos: la disputa por la imaginación histórica en la etnogénesis Huarpe	327
--	-----

DIEGO ESCOLAR

3. Nuestra primera antropología social

Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	359
--	-----

La producción del conocimiento antropológico-social en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral, entre 1956-1966. Vínculos y relaciones nacionales	361
--	-----

EDGARDO GARBULSKY

Poblamiento y actividad humana en el extremo norte del Chaco Santiagueño	379
--	-----

SANTIAGO BILBAO

De Empedrado a Isla Maciel. Dos polos del camino migratorio HUGO RATTIER	441
¿Patronazgo o cooperativismo? Obstáculos a la modificación del sistema de interacción social en una comunidad del noroeste argentino ESTHER HERMITTE Y CARLOS HERRÁN	463
Procesos de transición en comunidades de obreros rurales y articulación social HEBE M.C. VESSURI	487
Ideología y organización de las Ligas Agrarias del norte de Santa Fe, 1971-1976 EDUARDO ARCHETTI	525
La familia matrifocal en los sectores marginados. Desarrollo y estrategias adaptativas LEOPOLDO BARTOLOMÉ	547
 4. Las lenguas de un país monolingüe	
Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	575
Los pueblos indígenas del Gran Chaco JOSÉ BRAUNSTEIN	577
Convergencia lingüístico-cultural en el análisis de los toba 'qom' hablantes asentados en el barrio Los Pumitas, Rosario, Argentina MARGOT BIGOT Y HÉCTOR VÁZQUEZ	589
El 'hablar bien' mapuche en zona de contacto: valor, función poética e interacción social LUCÍA GOLLUSCIO Y ANA RAMOS	605
"Guaraní sí, castellano más o menos". Etnografía en colaboración con niños/as en una escuela rural de Corrientes, Argentina CAROLINA GANDULFO	631
Clase, masculinidad y lenguas en el trabajo migrante santiagueño HÉCTOR ANDREANI	657

Clase, masculinidad y lenguas en el trabajo migrante santiagueño¹

HÉCTOR ANDREANI²

Curte el sol el cuero del santiagueño / castiga, y se echa a reír

Demi Carabajal

1 Publicación original: Andreani, Héctor 2016. Clase, masculinidad y lenguas en el trabajo migrante santiagueño. *Signo y Seña* 29:103-129. Agradecemos a *Signo y Seña* su autorización a republicar este artículo.

El autor considera que este artículo “posible gracias a un ilícito”. Investigando por 14 años las vidas de los hablantes de quichua santiagueño, había planificado su trabajo de campo con obreros “golondrina” y acompañarlos en su migración a la desflorada del maíz en el sur de la provincia de Buenos Aires. Pero los requerimientos institucionales para “asegurar” al autor de un eventual “peligro” laboral como “trabajador” de una empresa agroindustrial, mientras hiciera su observador participante, lo forzaron a describir su experiencia bajo absoluto anonimato. La transgresión de las barreras de la institución académica, que lo increpaban por querer “hacerse pasar por obrero”, comenzó con su incorporación a una cuadrilla de trabajadores migrantes, que lo llevaron a un campamento distante 1500 kilómetros desde Santiago del Estero. Por más de 60 días el autor participó de las actividades productivas y extra-productivas en un espacio de sujeción-coacción de 35000 obreros con-provincianos, el 40% de los cuales son adultos *quichuistas*. Las relaciones de *clase* y de *lengua* bajo una perspectiva etnográfica le permitieron a Héctor Andreani problematizar el imaginario del siglo XX que caracteriza a estos hablantes desde el romanticismo subjetivista, la exclusividad del espacio folklórico, o la infantilización de “receptores” lingüísticos pasivos. Los trabajadores no empleaban “la quichua” por razones “ancestrales”, “familiares” o “culturales”. La efectiva *fuertza motriz* de la lengua, es decir, lo que permite comprender por qué realmente el “quichua santiagueño” no desapareció pese al contacto cultural durante varios siglos, se revelaba, en este contexto agro-industrial, desde el conocimiento “cómplice”, masculinizado, adulto, recurrente en picardías narrativas, bajo una relación social de explotación específica, y con enormes implicancias (incluso en las mujeres) para la totalidad de la trama comunitaria bilingüe quichua-castellano. Complementar con secciones 1 (S. Carrizo), 2, 3 (S. Bilbao, H. Ratier, E. Hermitte y C. Herrán, H. Vessuri), 6 (L. Tamagno y M. Maffia, G. Karasik) y 7 (A. Isla, S. Sapkus).

2 Docente en la Tecnicatura Superior en Educación Intercultural Bilingüe con mención en Lengua Quichua (UNSE).

Introducción

Había preparado casi todo lo que ellos llevan, cuando viajan al desflore el maíz. Ejercité mis manos para que se parecieran a las manos de mis futuros compañeros de cuadrilla. Friccioné arena y tierra para tener la piel reseca y dura (como la de tantos ex-alumnos del secundario rural). Imaginaba –y así fue– que el cabecilla o algún miembro de la cuadrilla me iba a inspeccionar las manos para evaluar mi ingreso en la cuadrilla de trabajo. Duelen muchísimo los *puntazos* en la espalda, las manos, las piernas, además de que suceden numerosas torceduras, heridas en las manos por cortes con la hoja de maíz, la *maldejada* (retención muy dolorosa del orín por efecto del calor), diarreas, vómitos, fisuras y fracturas en los tobillos (por los innumerables pozos de *mulitas* en el surco) o la *muñequiada*. Y más de una vez, la muerte súbita de algún trabajador, cosa que no vi pero cuyas anécdotas, en los demás, se tornaban numerosas. Mi principal escollo no era la voluntad de trabajo, sino el cuerpo. La ausencia de alguno de estos factores (o presencia de accidentes) afectaría mi *rendimiento*, complicaría la situación de la cuadrilla entera, y comprometería seriamente la subsistencia de muchas familias. Mi miedo en el trabajo de campo (Garriga Zucal 2013) fue un intenso miedo “moral”. Había una cierta coerción física que me fue imposible eludir: esa “sujeción” atravesó todo el régimen de construcción de datos en el campo.

Santiago del Estero posee una intensa historia de migración laboral (y de expulsión poblacional) que se remonta a los tiempos coloniales, previos a la formación del Estado argentino. Desde la década del setenta hay una fuerza de trabajo considerable al nuevo capital agroindustrial extractivo, que fue siempre subregistrada –con bajos salarios, críticas condiciones laborales y subalternidad cultural– pero que ha generado ganancias siderales a los empleadores multinacionales en relación con el pago concreto al trabajador migrante. Los *trabajadores rurales migrantes estacionales* (TRME) llamados comúnmente *golondrina*, viajan principalmente a la pampa húmeda para la *desflorada* (despanojado) de maíz, pero también en otros tipos de trabajos (arándanos, papas, cebollas, aceitunas, desmonte, desenraizamiento, etc.) de otras regiones de Argentina. El maíz, la papa y el obraje son considerados los trabajos *más duros*, de los cuales vamos a enfocarnos en el desflore de maíz.



Imagen 1: La cuadrilla vuelve de trabajar a las 19:30 hs, después de 12 horas de trabajo intensivo de desflore.³

Describo brevemente el procedimiento: cada integrante de la cuadrilla toma un surco, extrae la flor a la planta *bembra* para que otra variedad *macho* la polinice. Tardan entre 1 y 3 horas en recorrer cada surco. Al llegar a la cabecera, descansan 10 o 15 minutos, y luego retoman por el surco alledaño realizando la misma operación. Mientras esperan que en un campo determinado aparezcan las flores que no han nacido aún, los peones toman otro predio. Son los ingenieros los encargados de indicar que la actividad ha finalizado. Una vez que finalizan deben limpiar el campo. Es decir, quitar los yuyos que estorbarían la tarea o las llamadas plantas *fuera de tipo* (cfr. Desalvo 2009: 131-132). Las plantas pueden ser de 1,50 m. o llegar hasta los 3 m., situación que es temida por muchos trabajadores por las dificultades del despanojamiento y el dolor corporal que provoca.

Este trabajo será un “rodeo” para llegar a una imagen, recortada pero más nítida, sobre la lengua quichua. Se trata de un cruce determinante entre lengua nativa y trabajo migrante, porque congrega entre 35.000 a 50.000 trabajadores todos los años (Neiman 2009, Tasso y Zurita 2013), lo cual sería un factor determinante (o no) para los usos bilingües (quichua-castellano) que portan como comunidad. El *locus* desde donde describo es netamente etnográfico: especialmente, el proceso vivido de las sensaciones corporales y afectivas –cercañas al sufrimiento y dolor–

3 Las fotos fueron tomadas en terreno y tienen un fin ilustrativo.

vividas por el etnógrafo (enero-febrero 2013) en este escenario. Mi objetivo inicial fue explorar los usos bilingües (quichua-castellano) en cuadrillas de trabajadores de Santiago del Estero, en un campo de la pampa húmeda bonaerense (sur de Buenos Aires), contratados por la multinacional Xgreen Mundial⁴. El punto de inicio y de llegada es *la quichua*, pero no en su aspecto lingüístico sino en los usos dentro de una trama social determinada.

Al interior de ese universo aparecen aspectos que en los estudios sociolingüísticos jamás serían relacionados con la parte “lengua”: mediante una *práctica de conocimiento* como propuesta singular dentro de una corriente etnográfica (Quirós 2014) llego a una perspectiva nativa de clase y masculinidad que atraviesa los usos bilingües de este sector socio-laboral. Decir *práctica de conocimiento* es entenderla como un conjunto de estrategias y decisiones no reductibles a la formalización metodológica en antropología. La propuesta de Favret-Saada (2013 [1987]) no es ningún dispositivo emocional de empatía con los sujetos de la investigación, sino *dejarnos afectar* “por las realidades que viven y experimentan nuestros informantes e interlocutores, abandonando nuestro principio de orientación etnocéntrico como única medida de la realidad y de las teorías que elaboramos” (Zapata y Genovesi 2013).

Aquí, se trata de un *afectamiento* desde un contexto de ajenidad muy intensa: no solo porque era un campamento de 250 trabajadores, todos del ámbito rural y escasamente escolarizados, y yo como profesor “de la ciudad” trabajando como uno más, lo cual era sorprendente (y sospechoso), sino también por la ajenidad –surgida de la dimensión percibida de *clase* en los sujetos de investigación– que cruza todo el trabajo de campo, y todas sus percepciones hacia mí. Esto permitió acceder al proceso de socialización masculina, tanto en los recursos que despliegan en quichua como en castellano. En síntesis, este trabajo conjuga aspectos de lengua quichua, masculinidad, explotación laboral y una práctica discursiva-afectiva que denomino como *picardía*, pero que todos se encuentran inherentemente configurados desde la dimensión de *clase*, aspecto desarrollado en la descripción como *proceso vivo* (Quirós 2014a).

Dada esta justificación metodológica, el *modo* de presentación de datos, análisis e interpretación no sigue un orden propio del formato de artículo, sino que responde a los parámetros del campo: “desacartonar nuestros conceptos no significa empobrecer la antropología ni volverla “meramente descriptiva”; al contrario: es apostar a potenciar su agudeza interpretativa, sus alcances cognoscitivos y políticos, sus posibilidades de intervención en los debates de la sociedad contemporánea” (Quirós 2014b: 11-12). Todos los datos etnográficos están puestos al servicio de la

4 Todos los nombres propios son inventados. Utilizo la *itálica* frecuentemente para categorías del mundo nativo y conceptos teóricos.

indagación (corporal, moral, ideológica) sobre la relación entre los usos bilingües (Q-C) y el proceso social vivido.

Salir

Estando en Loreto (ciudad desde donde salen centenares de cuadrillas hacia sus itinerarios migratorios) me hice amigo de un grupo de *changos*, que al final terminaron siendo mis compañeros de pieza. Creo que fue mi primer “golazo” porque, realmente, no tenía cómo *ser parte* de la cuadrilla, ni dónde o con quiénes me iba a tocar *estar*. La contra de esto es que eran los *changos* más movidos del pueblo, desfloradores de 5 o 6 años de experiencia, rápidos, jóvenes, mujeriegos, en fin, los más “canberos” respecto de los *otros* changos de la cuadrilla. Los *otros* changos no eran del pueblo sino de zonas aledañas (del “monte”), los supuestamente más silenciosos, los más tímidos. La contra –estaba diciendo– es que no tuve la rapidez suficiente como para hacerme aceptar por los más ancianos, para poder *estar* en la pieza de los *viejos*. Pero esto era un prejuicio mío: buscaba el quichua (y un determinado sujeto quichua-hablante que yo imaginaba) y terminé encontrando a personas vivas que eran mucho más que *la persona que habla quichua*.

Pedro es *quichuista*, de Llajta Sur, locutor radial, gestor cultural en su pueblo, muy distinto al destino de todos los otros jóvenes del pueblo. Dos aspectos operan en la conformación de la cuadrilla: a) ser buen trabajador y no fallar a la cuadrilla (no ser *chalero* ni *volvedor*), y b) *ser de la zona*, un familiar o un conocido de quien algo se sabe sobre su rendimiento. Yo no cumplía con los dos requisitos. Pedro fue mi contacto y la clave para que pudiera presentarme en la cuadrilla. Tiene 30 años, laburó en la desflorada desde que tenía 12, y convenció a don Eshti (Esteban, el cabecilla) de que yo me dedicaba –supuestamente– a “tareas propias de campo”.

Estamos en un óvalo de 100 x 70 metros. El resto es soja, soja, soja en todo el horizonte. Cielo arriba, soja abajo, en suelo seco y polvoriento, invadido por malezas resistentes a agroquímicos. El óvalo es el campamento, compuesto de baños modulares, comedor grande, las cocinas y las habitaciones para las cuadrillas. Estuvimos alrededor de 50 días en total. En los primeros 20 días fue muy frecuente escucharlos hablar del *rendimiento*, de ser un *profesional en la chala*, de no cansarse.

Todos ignoran cómo es la desflorada. Es un *trabajo inhumano, muy jodido* la desflorada. Así Pedro me contó muchas veces, como una presentación que siempre me increpaba, un recordatorio del dolor y la desesperación *que todos sintieron* y que (después reflexioné) también sentí *en el surco*. Y prosigue, a varios les ha

tocado ir a partir de los 13, 14 años a la desflorada, teniendo en cuenta que todas las familias del departamento Llajta Sur, también de los departamentos Atamisqui, Loreto, Figueroa, Avellaneda, más que nada los que están en el centro-sur, de la provincia. Durante muchísimos años, han tenido que buscar trabajos.

Doler

Muy fiero es cuando te toca estar en el lote, y los otros avanzan y vos te quedas atrás en tu surco, tu surco se queda y los otros surcos ya están con las flores por el suelo y a vos te quedan tantas flores sin cortar, arriba. Te sientes una mierda porque sos *muy poco hombre* para laburar, me lo cuenta con risas ahora Anshu (Anselmo) porque tiene 40 años. Pero dice que cuando tenía 13 se quedaba hasta la noche trabajando *solo* en los surcos que a él le tocaban, mientras los demás se iban a bañarse, comer y descansar. Es muy importante que Anshu me haya contado esto, porque me permitió entender que *todos habían pasado penurias y dolores* como yo. Anshu prosigue: yo con 13 años yanasu, y solito en esos surcos. El maíz es muy alto cuando es variedad Hércules o Pucará, muy altos como una persona y media.⁵ Y aún mucho más altos puede haber, sí, y te falta el aire. La espalda se te hace una *puntada* muy dolorosa porque los dos brazos están levantados tres horas arriba, mientras tratás de sacar la flor, la chala del maíz. Y cuando sacas una flor a tanta altura con los brazos levantados, el puntazo se te hace como *un dolor que se cuerre por la espalda* y los brazos se te duermen porque la sangre no llega ni aca [ni mierda]. Un dolor que no se termina porque cada flor, cada planta está a 10 centímetros una de otra... y tienes que sacarle la flor a plantas como un kilómetro o un kilómetro y medio. Muy fiero es, po, ¿me entiendes el dolor que no se te quiere ir en todos esos días, menos cuando usted es un changuito de 14 años? pregunta Anshu y ya no nos reímos.

Hace dos días –dice– estabas diciendo chau a tus compañeritos en la escuela, y ahora estás aquí, sin tener aire, buscando respirar porque no hay aire, no hay luz porque las paredes de maíz son como de 2 metros y medio. No ves ni acá para delante, y no ves ni aca para atrás. Muy te sientes que te vuelves loco, que te pierdes, que solamente te queda llorar porque nadie ¿no? nadie te va a sacar de ahí ni queriendo. Solo te queda sentarte en arrodilladito, respirar tres veces, y vuelves a levantar los brazos mirando para arriba, tratando de no ahogarte mientras sacas las chalas, las flores del maíz. Te pierdes, te pierdes en la cabeza porque no sabes cuándo vas a salir de ahí. Un kilómetro y medio de surco es demasiado *yanasu* (amigo). Anshu quedó literalmente abandonado a los 13 años en el lote, desflorando hasta la noche porque los demás se habían ido a la tarde.

5 No desarrollaré aquí todo lo que se siente *dentro* del lote con las variedades Pucará o Hércules, las más altas. Pero es inmanejable la sensación de opresión, de asfixia y de intenso dolor de espaldas, brazos, cabeza y diafragma.

Todos, absolutamente todos habían pasado por lo mismo. Tan fuerte es la *actuación* de guapeza que se debía mostrar en los primeros días, que en los días siguientes muchos terminaron contándome que *en realidad* estaban muy doloridos del cuerpo. Desde el fondo de la memoria física de *los changos* y *los viejos*, la desflorada está cubierta de relatos anteriores que hablan de muchas angustias y dolores corporales con el hacha y el quebracho, la papa que quiebra la espalda agachada durante horas, el hambre, y también la carne podrida que el proveedor del patrón jamás vino a reemplazar. El dolor compartido –y el posterior *rendimiento* aprendido– fue una de vías de acceso a sus círculos de conversación, un modo de entrar a su mundo. Parte del ser hombre –ahí– significaba *no decir nada*, era mucho más que el evitar que el jefe de lote (de la empresa) se enterara. Mucho más que eso. Como describía antes: estaban muy doloridos del cuerpo como yo, pero no querían manifestar nada.

El pijudo

El modo de “entrar” inmediatamente fue acompañando a un grupo de *los changos*, caminando hasta la Plaza de la ciudad, esperando a que nos llegara el turno de nuestro contrato. Estando en la plaza, pasaban las “chicas” pero los *changos* eran muy *quedados* como para piroppearlas. No tuve otra opción que inventar piropos con rimas y con cierta ocurrencia, que después ellos ponían a prueba para *hacer el chamuyo* a las chicas que pasaban. Le dije a Samito: “Estás más linda que comer pollo con la mano”. Y cuando pasó una “chica”, Samito hacía un esfuerzo enorme para abrir la boca, para terminar diciéndole: “eh, eh, estás más linda que el pollo”. Carcajadas de todos en ese momento. Otras inventivas de mi parte, entonces, hizo que les cayera bien a todos, y los llevé a pedir –posteriormente– al cabecilla para que yo me quedara con ellos en la pieza que les tocara. Ya estaba adentro.

Todavía estando en Loreto, cenamos unas *milas* antes de salir. Me senté con el nuevo grupo de amigos *changos*, y una moza (una muchacha de 20 años, bastante bonita) se acercó para tomar nuestro pedido. Samito quedó *enganchado* de la chica, pero no se animaba a piroppearla. Yo actué como mediador, y cuando trajo los sanguches y la bebida, ella dejó un papelito con su número de celular para Samito. Durante muchas tardes, con el grupo de la pieza salíamos a *caminar* entre los lotes (esto es, caminar, orinar, *hablar macanas*, enviar SMS, ir a defecar en medio de la soja). Allí, todos ayudábamos a Samito a redactar SMS con frases poéticas, frases eróticas, y conforme pasaban los días, frases “bien porno”, que la muchacha loreтана respondía con la misma intensidad.

A la desflorada *no cualquiera la hace, la hace únicamente el santiagueño*, me dice Samito con cierto orgullo en la mirada. Trabaja todo el año descargando cajones para una despensa grande del pueblo, y también cría caballos. Tiene 23 años, un

porte atlético descomunal y un historial de chinitas culeadas que da envidia, viejo, porque Samito es así –como decía Volo, su amigo jocosos– un *gringo culeador* de esos que ya no quedan. Una madrugada Volo prendió la luz –5 am– y Samito se bajó el bóxer y le mostró *la pija* a Ali (“eh, chango, tomá por bobo”) solo para que todos no riéramos en la pieza.

Nótese el tipo de masculinidad, articulada a su vez con un tipo muy particular de *fuerza*, propia del ritmo y rendimiento laboral, porque Samito era –visiblemente– quien más manifestaba un tipo de guapeza, y una forma ruda de incentivar *verbalmente* a los demás para que *seamos profesionales* y trabajemos bien. Lo importante es que esto ocurría en el campamento y en el lote, *no con una muchacha en un bar de la ciudad*. Pero no es la única *forma* de masculinidad: me pareció un buen ejemplo de cómo se cruzaban estos aspectos en una persona. Sin embargo, el momento gracioso de la madrugada ocupa su lugar fundamental en la *economía moral de la masculinidad juvenil*, configurada por la relación laboral (ser buen desflorador, o sea, ser máquina) y las condiciones impuestas (el rendimiento) desde hace décadas. Regresaré en las conclusiones sobre este aspecto.

Estilos

Nadie trabaja sin guantes. Las manos corren peligro de lastimarse cada 10 metros, cosa que siempre sucedía *antes*, es decir, cuando no existían los controles del Estado. Esos controles son recientes, con lo cual tenemos cuatro décadas de ausencia de controles y total vulnerabilidad de reclamos por parte de las cuadrillas. Al único que vi trabajar con las manos desnudas era el gran *contador*, narrador de cuentos, el amigo de confianza del cabecilla: don Andy. Personaje esquivo, pero siempre con una sonrisa pícaro, de bigotes mexicanos chiquitos, de 63 años y más de 40 años yendo a desflorar. Es un gran personaje en mi escenario, porque alrededor de él se congregaban todos los *changos* para escuchar alguna *macana* (disparates) que don Andy hablaba. Samito, al igual que los otros puebleros, usa sus brazos con fuerza, como si estuviera haciendo un esfuerzo en un gimnasio con máquinas. Volo, Pedro, todos los changos también, trabajaban *como si hicieran ejercicio*. Pero don Andy, que usaba las manos sin guantes, trabajaba moviendo solamente las manos y no los brazos, y despanojaba de un modo que solamente podría denominar como *refinado*, sin esfuerzo, rápido y sin que se notara el trabajo que estaba haciendo.

Don Eshti, Chilito, Vera, completaban con don Andy el cuarteto perfecto de desfloradores: los que hablan *macanas* juntos mientras desfloran, los que se *cagan de risa* siempre; los que trabajan *no tan ligero* sino sostenido y sin pausa –van juntos a la par–: los que *siempre* parecían estar a medio camino pero al final eran los primeros

en salir a cabecera del surco; los quichuistas que no dejan de *quichuar* mientras desfloran, durante gran parte del tiempo y varias entradas al lote.

Describiré ahora una precaria estadística que armé en los primeros días. Lo que hice fue completar en mi cuaderno un pequeño registro de dos situaciones:

a) Los turnos donde *escuchaba quichua*, entendiendo los turnos como media jornada (mañana o tarde). Sobre un total de 84 “turnos” en 42 días de trabajo efectivo, el resultado aproximado es que durante 79 “turnos” –a la distancia– yo escuchaba al cuarteto hablar quichua (Andy, Vera, Chilito, Eshti), es decir que había quichua un 95 % de las veces que “traté de parar la oreja”.

b) De esos turnos, traté de “calcular” (y esto es ya muy complicado porque yo debía concentrarme muchísimo en lo mío) los turnos con más *conversaciones extensas* en quichua; repito que no pude elaborar un registro fidedigno, pero sobre los 84 turnos, aproximadamente eran más del 71 % los turnos en conversaciones “extensas” en quichua.

Entiéndase que estos números son confusos: ya sabemos que en etnografía el investigador es su propio instrumento de recolección (Guber 2010); aquí ese rol es sospechoso porque se trata de cuantificar subjetivamente (y con el oído a secas). Pero al menos me permite *exponer* un dato importante: que los usos quichuas son efectivamente numerosos y mayoritarios *en el momento mismo del trabajo*. En mi artículo anterior (2013), refería que el silencio de los muchachos para no hablar quichua frente al capataz no era solo por “vergüenza”, sino también por el ritmo de la flor, que no permite hablar y a veces provoca asfixia. Parafraseando el epígrafe: *el trabajo que castigaba sin piedad al resto, y sin embargo ellos se echaban a reír a cada rato*. Los *changos* usaban los brazos, con sus auriculares y su chamamé. Don Andy usaba solamente las manos, su risa y la complicidad con los otros tres *quichuistas*.



Imagen 2: Desfloradores en un momento muy breve de descanso (30 segundos), donde aproveché para extraer mi cámara y lograr tomar una foto.

Hablas pícaras

El momento donde *podía estar presente* era a *la salida* (el intervalo entre surco y surco). Don Andy se ponía a contar algo, gradualmente todos se iban acercando, y las carcajadas eran inevitables⁶. El *modo de muestra* de los eventos es similar a las situaciones descriptas mediante *indicios de contextualización* que enseña Gumperz (1982).

1. Una vez, cuenta don Andy, había ido por primera vez Upita, un hombrecito grande de 55 años, muy quichuista y tocador de armónica, que había estado preso en Buenos Aires pero ya de grande había vuelto a Llajta Sur.

Y había entrao nomás en una cuadrilla, che. Y le había tocao la PUCARÁ [maíz muy alto], bien alto es TABA el lote. Y Eshti le pregunta: che Upa, vas a poder [desflorar] ¿qué no? Siiii po, ¿cómo no voy a poder? Pichita⁷ es po.

6 Solo para algunas situaciones específicas utilizo convenciones de transcripción: *Itálica*: discurso quichua; (paréntesis): nuestra traducción; / \ secuencias tonales ascendente y descendente; pausas: | breve, || media, <4> en segundos; MAYUSC: intensidad fuerte; []: acotaciones nuestras; po: remarcación especial.

7 *Pichita*: muy fácil de realizar.

Y habían comenzao ¿qué no? Y se escuchaba a Upa los quejidos de la chala (TAC TAC TAC), y como a los 50 metros, che, ya se le escuchaba (ta:c | ta:c | ta:c), y como a los 200 metros ya se le escuchaba (ta::c, ta::c, ta::c) [Risas. Don Andy imitaba el ruido último con un dejo de debilidad/cansancio/amaneramiento cuando decía *taaac... taaac* porque indicaba el evidente el *trabajo lerdo* de Upa]. Al rato uno lo había PASAO [es decir que en su propio surco llegó al punto de Upa y siguió de largo] y vio a Upa que hacía para arriba y hacía para abajo, los brazos arriba y después los brazos para abajo, abriendo las patas ¡CaGAO estaba Upa de la respiRACIÓN porque no daba MÁS chee! [Risas, le faltaba el aire]. Y otra vez los brazos arriba y los brazos abajo. Cuando sale el otro para la cabecera, Eshti le había preguntado si lo había visto a Upa. “Sí lo he visto, parece que había quedado inflando la rueda de la moto” [Risas].

Imaginen las risas de todos. Momentos como este hubo muchos, y ya se habían conformado como *momentos para hablar macanas* desde don Andy, el gran narrador de este y otros trabajos migrantes de cosecha. Nótese que el *humor* se sostenía en situaciones *propias del trabajo* y no eran cualquier tema. El referente de la risa estaba en el sujeto que *trabaja lerdo*, que no es una máquina.

2. Muchas veces escuchaba a Ali, Vera, Volo, hablar de lo bien que contaba los cuentos don Andy: lo *imitaban*, tratando de contar situaciones parecidas con su *misma forma de habla*. Vera agregaba en varias ocasiones: “¡Ehh po! Muy lindo le sabe contar don Anditu ¿Qué no?” De todas las marcas de esta frase, no voy a hacer análisis lingüístico ni mucho menos, pero sí identifico el uso /u/ de “Anditu” como muy significativo, que en este caso lo era. Tanto Vera como Ali (muy quichuistas) no enunciaban la /u/ en todos los finales de palabras⁸. Sin embargo, esa /u/ cobraba importancia *para Ali y para Vera* en ese momento, porque se trataba del momento de *imitar* a don Andy. Nótese la importancia de información sobre la situación en la que se pronuncian las palabras (o en este caso, un sonido significativo), con el fin de poder ubicarlas en su auténtico entorno cultural (cfr. Malinowski (1935)).

En el día 15, estábamos en la sobremesa del almuerzo, parados algunos en la cocina, yo ya había comido 2 naranjas; don Coshmi entra, saca una naranja y me pregunta:

8 Como ya sabemos, nunca es necesario que se cumplan todos los fenómenos fonológicos (de supuesta “interferencia”) entre lenguas. De acuerdo con cierto estereotipo, suele caracterizarse el habla castellana del bilingüe Q-C (y también de cualquier hablante de la castilla regional -yo incluido-) con marcas como la /u/ en final de palabra, en casos castellanos con terminación en /o/. Esto es por el régimen trivocálico originario /a/, /i/, /u/ del quichua.

C: Y? *Mishkila kara* o amarguta *naranjá?*

¿Y? ¿Dulce era o amarga la naranja?

Yo: *chayna, chayna*, tirando pa *wakcha*, y *chaki*

Más o menos, tirando para pobre, y seca

C: *wakcha?* Ah, claro, naranja fiera! (Risas)

¿Pobre? ¡Ah, claro, naranja fiera! (Risas)

Hachero durante 20 años completos, trabajando *en soledad* en el monte y sin ningún tipo de compañía. Quichuista, actualmente pastor evangélico, vio cosas raras estando solo en el monte, muchas veces. Cuento esto porque Coshmi conmigo fue muy distante y silencioso los primeros 20 días. Conforme yo iba mejorando mi rendimiento en el surco, Coshmi se acercó un día para preguntarme si era bandeño (de la ciudad de La Banda) y por qué venía a trabajar.

El momento clave fue que Coshmi se dislocó el tobillo al caer en un pozo de quirquincho (armadillo), mientras trabajábamos. *No quería ir al hospital*, pero el tobillo comenzó a hincharse cada vez más, hasta que tuvo que ir, llevado en la camioneta del proveedor hasta la ciudad de General Fringes (a 37 km.). Después de 4 días volvió al campamento y yo lo visitaba con mucha frecuencia. Trataba de animarlo contándole “de cualquier cosa” porque Coshmi *realmente estaba desanimado por no poder ir a trabajar con la cuadrilla*. Eso fue para él un modo muy grande de “apertura” conmigo: en su rostro podía ver un aprecio de mucha amistad. Dado que uno de mis argumentos era que *también* quería aprender quichua practicándolo con alguien (supuestamente yo no sabía, o sabía muy poco), Coshmi comenzó muy gradualmente a *preguntarme cosas en quichua*, lo cual me obligaba a *tratar* de responderle en el menor tiempo posible. Para Coshmi, era realmente un juego verbal que ponía en acción cada vez que me veía, y se divertía conmigo de un modo ameno, teniéndome paciencia mientras yo trataba de elaborar precariamente alguna respuesta en quichua. Solo cuando estábamos *con los demás*, Coshmi me hacía preguntas en quichua. Entiéndase que esto que describo es un contexto –ampliado– de situación que permite entender la conversación mostrada arriba.

En el día 18 estábamos sentados viendo cómo otros mayores jugaban al truco, apostando plata que habían traído desde Santiago, puesto que recién íbamos a ver *plata de la empresa* cuando volviéramos de la campaña. En el turno 5 de la conversación yo intenté *decir en quichua* algo gracioso, en el sentido de la masculinidad que estoy refiriendo: por ejemplo, preguntar si está bien dicha la frase de que un hombre esté copulando a otro, y la pregunta es irónica:

Andy: <i>chirichkan?</i>	¿Te hace frío?
Pedro: ari, <i>churaporani buzot</i>	Sí, me puse el buzo
Yo: pero <i>sikin timpulu apin</i>	Pero tiene el culo hervido
Andy: JAJA	JAJA
Yo: Carlos <i>qopuchkan?</i> ¿Así se dice?	¿Carlos le está dando?
	¿Así se dice?
Andy: <i>rupapuchun</i> , decile	Que le queme, decile
Yo: <i>rupapuchun?</i>	¿Que le queme?
[Risas de todos]	[Risas de todos]

Este tipo de situaciones fueron posibles para mí –en el sentido de habilitación a preguntar algo en quichua– solo porque ya habían pasado 20 días y había logrado salir adelante con mi ritmo de desfloré, y ya no precisaba la ayuda de don Eshti (cabecilla). Aquí bien vale un observación emergente: hay una habilitación para hablar quichua, pero solo fue posible (por ejemplo como con don Coshmi en el punto C) solamente porque ya había dado muestras de *trabajar bien*, cosa que me llevó –como dije– unos 20 días. Antes de eso, Coshmi jamás me dirigió la palabra, y yo hasta ese momento no había podido presentarme o preguntarle su nombre.

En otro caso, estábamos en la salida del lote, caminando. Y las referencias al “pene” o a la poca masculinidad del otro, son muy frecuentes como motivo de burla amistosa. Ali aparentemente preguntaba a don Andy como si estuviera interesado en su salud, y sin embargo la *picardía* inmediata, no pensada, imprevista, daba su estocada:

-Ali: ¿qué te duele?

-Don Andy: Sí, la rodilla

-Ali (inmediatamente) ¿Y no te duele poquititu de las bolas para atrás?
[el culo]

-Andy: Nooo, no, para nada

[Carcajadas de todos los presentes]

Marco nuevamente la /u/ en final de sílaba, con la misma intención que en el punto B). El caso aquí no era la broma misma de Ali, ni el interlocutor, sino que Ali estaba generando una situación graciosa *a la manera de Don Andy*, y más gracioso resultaba que era Don Andy el destinatario. Ali buscaba, así, mostrarse como un fiel narrador, fiel

bromista, fiel *pícaro* para hablar, *fiel seguidor de don Andy*. ¿Por qué? Recordemos que don Andy era quien casi monopolizaba el rol de narrador de cuentos y “casos” sobre trabajar en cosechas, y al mismo tiempo, era uno de los más experimentados trabajadores.

Estábamos hablando de comidas en la pieza, y entró Vera, que no es de nuestra pieza pero de vez en cuando se acercaba para *hablar macanas*:

Pedro: A mí me encanta la morcilla

Vera: ¿Te gusta la morcillita?

Pedro. Me encanta

Vera: Con razón andas *pashuku* [Muchas risas]

Pashuku es el caballo de paso, un caballo que no corre sino que solo camina y por esa poca actividad desarrolla una panza prominente. Aquí el *pashuku* no solo era en referencia a un caballo sino a un hombre con la panza engordada con morcilla (esto es, de tanto “tragar penes” de otros). Pero más gracioso resultaba por otra causa que aquí no se manifiesta: días antes, Pedro se había accidentado jugando a la *carrerita* con otro compañero, pero se cayó y se lastimó la rodilla. Eso le afectó por tres días el rendimiento. Las *cargadas* (burlas) lo comparaban con un caballo de carrera que Pedro tenía. Es por eso que haberle dicho *pashuku* a Pedro, contenía tanta gracia para los puebleros de la cuadrilla que lo conocían. El *pashuku* representa la oposición absoluta a la rapidez de un buen desflorador: no solo se burlaban de él sino que también le remarcaban la travesura que afectaba al rendimiento laboral.

La aplicación de Whatsapp recién estaba llegando en los escasísimos Androids. Mientras se enseña a usar la aplicación, se aprovecha *lúdicamente* para enviar mensajes en quichua. Todo el macro-evento de socialización masculina bilingüe se complementaba notoriamente con la tecnología. Nótese en los comentarios:

Pedro: A mí me llegan así los mensajes, TODOS LOS días, de ellos. Yo estoy en un grupo. Yo les contaba que estaba aquí <8> bueno || ahora les voy a poner [escribir] que estamos bien, que estamos aquí también, “no-so-tross-ta-m-bien-con-un-p-ie-en-elestribo-pee-ro-hoy-nos-han-hecho-aka-chir-las-puca-rá” [deletrea leyéndonos y teclea: “Nosotros bien con un pie en el estribo, pero hoy nos han *becho cagar* las pucará”]

José -Jueves *na puntiasqayku paguyman-* mirá | en quichua Josecito (el jueves iremos punteando para nuestro pago)

Rami- Ahora andamos matando el segundo lote || con DOS surcos *buay* [*waaay*, mi hijo, en el sentido de reclamar] || en dos días le entra la máquina al lote

Pedro [lee en voz alta]-*ANCHA UKU YUyas MANA atinku compañeroyshba*
 \ le he puesto | que desflorando mucho el agujero | no pueden ya
 nuestros compañeros || le pongo [Risas]



Imagen 3: Llegada al campamento después de trabajar en medio de la tormenta y las descargas eléctricas todo el día.

Observaciones

Son dos los problemas construidos hacia diferentes disciplinas:

1. Desde las escasas investigaciones se postula un proceso de desplazamiento lingüístico del quichua (entre otros, Lorenzino 2003, Alderetes y Albarracín 2004, 2005, Karlovich 2006). Recientemente, se describía el bilingüismo (Q-C) como un trayecto histórico desde mediados del siglo XIX (Grosso 2008: 92). Si bien estos estudios son fundamentales para entender aspectos de la lengua misma, hay un problema de acercamiento que afecta inevitablemente al estado de arte.

¿En qué incide el hecho de no contemplar determinados usos de la lengua en cuestión, sólo porque no se tiene llegada a él? ¿Qué decisiones metodológicas son afectadas por la limitación de la imaginación sociolingüística del investigador, respecto del *mundo social* donde es practicada la lengua? Dicho de otro modo: ¿qué niveles de interacción, contextos sociales, franjas etarias, trayectos grupales, ambientes de uso, y otros aspectos debemos tener en cuenta para “observar”

aquello que las investigaciones ven como *desplazamiento* en una lengua minorizada –u otros temas similares–? Lo que decidí hacer (*dejar afectarme* por el campo, o sería más correcto decir que el campo me obligó a ser afectado porque tenía un compromiso moral/laboral de no abandonarlo) lo que permite ver de otro modo los usos bilingües. Esto es, por fuera de cualquier diagnóstico sociolingüístico convencional sobre lenguas nativas, cuyas herramientas de recolección precisan de encuestas, entrevistas en profundidad o registros audiovisuales de interacciones cara-cara. Es la limitación de cierta imaginación sociológica, que reduce los usos de lenguas a ambientes naturalizados como la escuela, la familia, la comunidad, rituales u otros, pero no puede percibir (o no integra) aspectos corporales, afectivos, ideológicos, etc., inherentes al uso de lenguas pero que están fuertemente vinculados a dimensiones impensadas, por ejemplo –y teniendo en cuenta mi campo– la dimensión de *clase*.

Tomo un caso pequeño que *aparentemente* no guarda relación con el quichua: los modos de usar la mano para desflorar, y cómo esas dinámicas (diferenciadas y múltiples) de trabajo se articulan con un ambiente socio-laboral y determinados usos narrativos, lingüísticos, afectivos, etc. Esta situación delimitada no puede ser “captada” con herramientas de recolección sociolingüística, ni tampoco de cierta etnografía que precisa de la grabadora y del cuaderno de campo *in situ*. Solamente fue posible *estando allí*, es decir, entrampado moralmente y *sujeto* (porque no podía “irme”) a normas de coerción corporal que no eran propias del rol del investigador. Todos estos aspectos son imprescindibles a la hora de pensar una *práctica de conocimiento* posible (no digo “metodología” a secas) para llegar a una trama más humana de una lengua.

Lo descrito en el punto 6 (“el pijudo”), puede parecer muy chocante al contar aspectos muy personales de los trabajadores migrantes. Ante cierta moralidad implícita (irreflexiva) en la metodología, se trataría siempre de un sujeto subalterno que debiera ser descrito solo en sus aspectos de resistencia hacia cierto orden dominante o cualquier otra elucubración militante. Sin embargo son situaciones “que tocan fibras íntimas: los asuntos socialmente controvertidos son delicados porque *afectan* a las personas, porque ponen algo (vital) en juego. Es por eso que es también vital que sean parte de las preguntas y materiales que hacen a una indagación propiamente etnográfica” (Quirós 2014: 57). Como bien consigna Favret-Saada ([1990] 2013), el material que se recolecta es de una densidad particular y su análisis nos lleva inevitablemente a romper con las certezas científicas mejor establecidas. No incluir en la trama situaciones moralmente “dudosas”, o desde una moralidad implícita del cuaderno de campo (la *pija* de Samito) es no entender los detalles por donde la dimensión de clase articula las masculinidades *situadas* y donde la *picardía* juega un rol muy importante para estos trabajadores. Y todo esto, para llegar a entender cómo se configura el ambiente social que sostiene a la lengua quichua, que es mi objeto final: contándose chistes, hablándose

tonteras, demostrándose ser máquinas (fuerza y rapidez), jugando bien a las cartas, exponiendo jocosamente la supuesta homosexualidad del otro. Es que “en las etnografías estas situaciones, banales y recurrentes, de comunicación involuntaria y desprovista de intencionalidad, nunca son analizadas como lo que son: la ‘información’ que estas situaciones aportan al etnógrafo son plasmadas en el texto, pero sin ninguna referencia a la intensidad afectiva que las acompañan en la realidad” (Favret-Saada [1990] 2013).

2. El trabajo rural migrante estacional ha sido abordado principalmente con una bibliografía más profusa, entre otros, en la literatura y la sociología regional o laboral de comienzos del siglo XX (Bialet Massé [1904] 2010, Abregú Virreira 1917, Canal Feijóo 1951, Biaggi *et al.* 2007, Desalvo 2009, Neiman 2009, Alberti y Martínez 2011, Ledesma y Tasso 2011, Tasso y Zurita 2013). Todos son trabajos imprescindibles como marco general de los procesos de acumulación de capital, de las condiciones de trabajo de esta fracción de la clase obrera, y son abordajes con fuentes empíricas que construyen una imagen “general” del sector (discriminado en tipos y condiciones de trabajo, ciclos migratorios, proveniencias, impacto en la economía local, tasa de ganancia empresarial, etc.). No obstante, hay limitaciones en el acercamiento para dar cuenta del *proceso vivo* del trabajo, imposible de establecer apriorísticamente con entrevistas en profundidad, historias de vida o con abordajes cuantitativos, que son parte fundamental de la construcción de datos que rigen en los estudios dominantes en sociología laboral agraria. La imaginación sociológica del entrevistador (con muchos problemas de acercamiento al ámbito de trabajo, principalmente por los controles internos de las empresas) no puede dar cuenta del *mundo social* que se vive dentro de un ambiente no vivenciado, y eso –se sabe– impacta notoriamente en el universo de preguntas en entrevistas (Briggs 1986). Esto es más notorio cuando se trata de mundos laborales muy distantes respecto de la clase social del investigador.

¿Qué implicancias tiene el trabajo migrante estacional en la socialización cultural/lingüística/laboral/sexual propia de sus zonas de residencia? Consigno así cuatro aspectos porque este ámbito laboral es un enorme aglutinador de trabajadores de distintos puntos geográficos de la Argentina extracéntrica. Estos son solo unos pocos temas no consignados en la literatura específica:

La organización espacial que posibilita nuevas interacciones (dadas nuevas inversiones en infraestructura): por ejemplo, no es lo mismo una cuadrilla habitando –solos– una casilla muy precaria en 2009, que 25 cuadrillas habitando –y compartiendo– un campamento completo en 2014;

la circulación de información sobre otros empleadores, otras condiciones de trabajo (mediado por el acceso reciente a dispositivos móviles y redes sociales) y nuevas ofertas laborales migrantes;

circulación de “datos” que les permiten hacer *comparaciones* y *caracterizaciones propias* sobre el desempeño y actitudes de cabecillas de cuadrilla, cocineros, capataces, jefes de zona, contratistas tercerizadores, reclutadores locales, agentes empresariales de reuniones previas donde se discute el “precio”, etc.

transmisiones de contenidos culturales: transmisión de música zonal; discusiones de política local; anuncios de bailes y otros eventos culturales zonales, que a su vez posibilitan nuevos encuentros donde se arregla la *salida* para una nueva temporada;

un tipo clave de transmisión narrativa: *caudales* de narraciones humorísticas y anécdotas cuyo valor *táctico* es el impacto en su trayecto formativo como obreros –y mejores “calificaciones” a futuro desde los empleadores–;

el aprendizaje *gradual* de nuevos *bilingües tardíos* que deben socializarse en quichua porque integran cuadrillas compuestas casi en su totalidad por bilingües Q-C (Andreani, 2013), especialmente porque utilizan –en la mayor parte del tiempo– recursos de su repertorio quichua;

aprendizajes y anécdotas varoniles –entre los *changos*– sobre modos de relacionarse sexualmente con mujeres (cuidarse de algunas, comparar otras, “medirlas” según su capacidad de *coger bien o no*, modos de protección o no), etc.

Cierre: lengua y clase

Son muchos los temas que parecieran excluirse en la descripción de este trabajo, porque –aparentemente– no guardan *formalmente* una relación, desde mi *foco puesto a priori* en los usos del quichua.

En varios estudios recientes sobre etnografía y sociolingüística “no sólo el lenguaje es explorado como objeto de análisis, sino también las prácticas culturales en su conjunto (objeto de estudio de la etnografía). Éstas son puestas en discusión de diversos modos, y relevadas a través de maneras heterogéneas de hacer etnografía [que] se centra en la observación y la entrevista, mientras que para otros, el análisis de las interacciones cara-a-cara son la base del trabajo de reconstrucción etnográfica de los sentidos de las prácticas que se analizan” (Heras y Unamuno 2015: 7). ¿Cuál es, entonces, el estatuto que adquiere el lenguaje como objeto de estudio? Pregunto esto porque “el reconocimiento de que la comunicación etnográfica ordinaria –una comunicación verbal, voluntaria e intencional que apunta al aprendizaje del sistema de representaciones nativas– constituye una de las formas más empobrecidas de la comunicación humana. Ella es especialmente

inadecuada para proveer información acerca de los aspectos no verbales e involuntarios de la experiencia” (Favret-Saada 2013: s/d).

Reformulo la pregunta: ¿Cómo definir una política textual sobre el lenguaje, de acuerdo a las decisiones de investigación sobre lo que es –o no es– el *lenguaje* entendido como *proceso vivo*? No hay una resolución definitiva, porque el tipo de transcripción, análisis y exposición de fragmentos verbales registrados digitalmente, conllevan teorías implícitas sobre el lenguaje mismo que muchas veces no manejamos y no exteriorizamos (Duranti 2000, Pérez Milans 2009). En este trabajo no desarrollo más la descripción de contexto de muchísimas situaciones registradas, donde –en parte y a veces exitosamente– yo era parte activa de la esfera de la conversación (por ejemplo, en 5.4) pero otras veces – como dije antes– realmente pude sentarme a escuchar *lo que ellos tenían para decirse* entre sí (cfr. Quirós 2014: 56) y no dirigiéndose a mí como el etnógrafo que escucha, respecto de los procesos que los aquejaban o de las *macanas* con que interactuaban. Tal como propone Briggs (1986) respecto de la entrevista de investigación social, yo cumplía con dos premisas: a) entré al mundo social del trabajo de los demás, participando activamente en él; b) la grabadora estaba en eventos de *conversación*, y no de entrevista. Como Geertz también proponía (1988), conversar es lo más complicado de lograr, y es el punto de llegada que va más allá de cualquier evento comunicativo artificial como una entrevista.

Ahora bien, si afirmo que *clase* es un configurador, no significa que haya cedido a un marxismo doctrinario (en todo caso, a los malos epígonos de Marx) sobre el determinismo económico. La dimensión de clase está debajo del análisis de los aspectos emergentes en el campo, simplemente porque –en este escenario– es la que articula a los demás, y permite entender ciertas motivaciones muy indirectas que el determinismo económico no podría explicar. Partiendo de situaciones triviales (ej. contarse chistes) desde la descripción misma damos cuenta del *rol que cumple la productividad narrativa-bilingüe dentro de esta relación social de producción específica, que, a su vez, termina configurando (por diversas vías) los procesos culturales de estas poblaciones.*

Otro aspecto de *clase* que ayuda mucho es en (ahora sí lo digo) la determinación de los ambientes de conversación *posteriores* a la campaña. Una vez que volví de la desflorada, las charlas posteriores que tuve con *otros* desfloradores con quienes no compartí –porque pertenecían a Figueroa, un departamento provincial al norte–, me permitieron entender muchísimos elementos que jamás habría tenido en cuenta con las 22 entrevistas previas de 2012.

Nótese que el tratar de describir las condiciones *situadas* de un chiste narrado entre *los changos* o entre los viejos, ofrece evidencias de una dimensión de *clase* que no está inferida desde variables más visibles como el salario del trabajador,

la plusvalía de la empresa multinacional o al control laboral de los empleadores (Desalvo 2009), sino a otro aspecto. El procedimiento registrado ocurría –en general– del siguiente modo:

- a) los chistes en castellano/quichua no eran dichos por cualquier persona, sino por don Andy, es decir, el amigo de 63 años del cabecilla, de confianza y el segundo con más edad de toda la cuadrilla;
- b) varios *changos* pretendían emular a don Andy, intentando hablar como él y tratando de decirlo del mismo modo gracioso;
- c) el modo de identificarse inmediatamente con don Andy eran determinadas marcas de habla, asociadas a la complicidad y donde se evidencian indicadores del quichua: /u/ en finalización de palabra, junto con tonos medios y altos en determinadas frases de remate, reparación de temas o caracterización del personaje que se relata;
- d) estos “imitadores” también son *muy quichuistas* como don Andy, es decir que no todos estaban habilitados a actuar en el rol de “emuladores” de los chistes;
- e) los chistes y cuentos eran casi siempre referidos a temas del trabajo migrante, a personajes que *trabajan lerdo*, o a referencias sexuales sobreentendidas donde el objeto de burla era algún hombre con marcaciones homosexuales, es decir, desmarcaciones muy “naturales” en un ambiente solo de hombres trabajando en un lote;
- f) *la quichua* aparece en varios oyentes participantes, ya sea como comunicación fáctica (muletillas que acompañaban el relato: “ari che?”), o como comentario de cierre –una “reparación” a modo de *síntesis* del cuento- en simultáneo y después de las risas del relato terminado.

De este modo, no es cualquier discurso, no es cualquier enunciador, y no es el uso de lenguas en cualquier momento: la dimensión de clase *cruza* las prácticas y las hablas, y las configura en un determinado sentido. Es *clase* en tanto conciencia para sí, pero también como un sentido práctico manifestado frecuentemente en toda la *campana* de trabajo. Aquí *clase* también es el proceso vivo de don Andy, su humor, la búsqueda de *los changos* de lograr manifestar (simular) el humor de él. Dicho de otro modo, utilizando estos y muchos otros repertorios de su bilingüismo *situado*, y con sus narrativas *pícaras* en la castilla o en quichua, sobre ser un buen profesional de la chala.

En síntesis, no sería posible comprender *la productividad situada de narrativa bilingüe* si no estuviera atravesada por este tipo de relación de explotación, y por estos tipos de obreros agrupados bajo una relación laboral que lleva casi medio

siglo, con estos empleadores multinacionales. Así, solamente por esta vía corporal de la investigación, fue posible entender la acumulación gradual de trabajos muy duros en su propia memoria corporal-lingüística-masculinizada, que los fue forjando como *máquinas pícaras*.

Referencias citadas

- Abregú Virreira, Carlos. 1917. *La vida del peón en los obrajes del Chaco santiagueño*. Santiago del Estero: El autor.
- Adelaar, W. F. H. 1995. “Raíces lingüísticas del quichua de Santiago del Estero”. En: *Actas de las Segundas Jornadas de Lingüística Aborígen*. pp. 25-50. Buenos Aires: UBA.
- Albarracín, Lelia I. 2011. *La quichua. Gramática, ejercicios y vocabulario*. Tomo II. Buenos Aires: Dunken.
- _____. 2009. *La quichua. Gramática, ejercicios y vocabulario*. Tomo I. Buenos Aires: Dunken.
- Albarracín Lelia I. y Jorge R Alderetes. 2005. “La lengua quechua en el noroeste argentino. Estado actual, enseñanza y promoción”. En: Serafín Coronel Molina y Linda Grabner-Coronel (comps.), *Lenguas e identidades de los Andes. Perspectivas ideológicas y culturales*. Quito: Abya Yala.
- _____. 2004. El quechua en Argentina. El caso de Santiago del Estero. *International Journal of the Sociology of Language*. (167): 83-93.
- _____. (comps.). 2002. *El Quichua Santiagueño por Ricardo J.L. Nardi*. Buenos Aires: Dunken.
- _____. 2001. La problemática de una comunidad bilingüe en nuestro país. *Actas del Primer Congreso sobre Problemáticas Sociales Contemporáneas*, Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad Nacional de Santa Fe.
- Alberti, Alfonsina y María José Alberti. 2012. El acceso al trabajo migrante en Santiago del Estero y Misiones: una mirada desde la lógica de los actores). *Trabajo y Sociedad*. 17 (15): 343-362.
- Alderetes, J. R. 2001. *El quichua de Santiago del Estero: Gramática y vocabulario*. San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- Andreani, Héctor. 2013. Migración, maíz y silencio. Notas sobre el bilingüismo (quichua-español) de los trabajadores “golondrina” santiagueños. *Gazeta de Antropología*. 29 (1) 2.
- Andreani, Héctor. 2014. *Quichuas, picardías y zorros. Conflictos y tácticas en una comunidad bilingüe*. Santiago del Estero: Edunse.
- Biaggi, Cristina, Cecilia Canevari y Alberto Tasso. 2007. *Mujeres que trabajan la tierra. Un estudio sobre las mujeres rurales en Argentina*. Buenos Aires: Ministerio de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos.

- Bialet Massé, Juan. [1904] 2010. *Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas*. La Plata: Ministerio de Trabajo de la Provincia de Buenos Aires.
- Bravo, Domingo. 1965. *Estado actual del quichua santiaguense*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- Briggs, Charles. 1986. "Aprendiendo cómo preguntar. Un enfoque sociolingüístico del rol de la entrevista en las investigaciones en ciencias sociales". Cap. III, *Learning how to ask*. Cambridge: University Press.
- Canal Feijóo, Bernardo. [1951] 2010. *Ensayos sobre cultura y territorio: de la estructura mediterránea. Teoría de la ciudad argentina*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Desalvo, Agustina. 2009. Los obreros santiaguenses en el desflore de maíz. Proceso y condiciones de trabajo. *Anuario del Centro de Estudios e Investigaciones en Ciencias Sociales*. 3 (3): 129-148.
- Desalvo, Agustina. 2013. "¿Campesinos u obreros? Un estudio actual sobre la llamada población campesina de Santiago del Estero (2009-2012)". Tesis doctoral en sociología. Universidad de Buenos Aires. Inédita.
- Duranti, Alessandro. 1992. "Etnografía del habla: hacia una lingüística de la praxis". En: Frederick J. Newmeyer (coord.). *Panorama de la lingüística moderna de la Universidad de Cambridge*. Vol. 4, pp. 253-274. Madrid: Visor.
- Duranti, Alessandro. 2000. *Antropología Lingüística*. Madrid: Cambridge University Press.
- Favret-Saada, Jeanne. 2013. Ser afectado. *Avá*, (23): 58-67.
- García, Miguel. 2012. *Etnografías del encuentro. Saberes y relatos sobre otras músicas*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- Garriga Zucal, José. 2012. "Josecito... te van a cagar a pinas". Miedo y sentido común en el trabajo de campo. *Estudios en Antropología Social*. 2 (1): 15-24.
- Geertz, Clifford. 1988. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Guber, Rosana. 2010. *La etnografía. Campo, método y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Grosso, José Luis. 2008. *Indios muertos, negros invisibles. Identidad, hegemonía y añoranza*. Córdoba: Ferreyra Editor.
- Gumperz, John. 1982. *Discourse Strategies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Heras, Ana y Virginia Unamuno. 2015. Hacia una Mirada Interaccional y Multimodal de las Políticas Públicas Educativas. *Archivos analíticos de políticas educativas*. 23 (94): 1-13.
- Karlovich, Atila. 2006. "De la oralidad a la escritura". En: Mario Tebes y Atila Karlovich (comps.), *Sisa Pallana: antología de textos quichuas santiaguenses*. Buenos Aires: EUDEBA.

- Lorenzino, Germán A. 2003. "Bilingüismo y migración urbana: el quechua santiagueño". En: *Selected Proceedings of the First Workshop on Spanish Sociolinguistics*. pp. 53-60. Somerville: Lotfi Sayahi.
- Malinowski, Bronisław. [1935] 1961. *Coral gardens and their magic*. 2 vols. Nueva York: Dover Publications.
- Marcus, George. 2001. Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. *Alteridades*. 11 (22): 111-127.
- Neiman, Guillermo. 2009. "Estudio exploratorio y propuesta metodológica sobre trabajadores agrarios temporarios". Con la colaboración de Marcelo Bachur (MTESS) y Andrés Resa (RENATRE) Ministerio de Economía y Producción, Secretaría de Agricultura Ganadería, Pesca y Alimentos. *Proyecto de Desarrollo de Pequeños Productores Agropecuarios (PROINDER)* Buenos Aires.
- Niklison, José E. 1915. *Informe sobre las condiciones de vida y trabajo en los territorios federales de Chaco y Formosa*. Boletín del Departamento Nacional del Trabajo, N° 32, Buenos Aires.
- Peirano, Mariza. 2014. Etnografía não é método. *Horizontes Antropológicos*. 20 (42): 377-391.
- Pérez Milans, Miguel. 2009. La construcción de corpus sociolingüísticos en la investigación etnográfica escolar: dilemas asociados. *EMIGRA Working Papers*. (107): 1-13.
- Pozzio, María. 2011. *Madres, mujeres y amantes. Usos y sentidos de género en la gestión cotidiana de las políticas de salud*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Quirós, Julieta. 2014a. Etnografiar mundos vívidos: desafíos de trabajo de campo, escritura y enseñanza en antropología. *Revista Publicar*. 12 (17): 47-65.
- _____. 2014b. El neoaluvión zoológico. Avatares políticos de una migración de clase. *Cuadernos de antropología social*. (39): 9-38.
- Stark, Louisa R. 1985. "Historia del Quichua de Santiago del Estero". En: H. M. Klein y L. R. Stark (eds.), *South American Indian Languages: Retrospect and Prospect*. pp.732-752. Austin: Universidad de Texas.
- Tasso, Alberto. 2007. *Ferrocarril, quebracho y alfalfa. Un ciclo de economía capitalista en Santiago del estero. 1870-1940*. Buenos Aires: Alción
- Tasso, Alberto y Carlos Zurita. 2013. Aves de paso. Los trabajadores estacionales de Santiago del Estero. *Trabajo y Sociedad*. (21): 33-47.
- Villafañe, Laura. 1988. "El comportamiento del sufijo _ta en el quichua santiagueño". Tesis de maestría inédita en Lingüística Comparativa de Lenguas Aborígenes Americanas. Universidad de Leiden, Leiden.